

**Arcadio Díaz Quiñones. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*
Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2006, 526 páginas.**

El nuevo libro de Arcadio Díaz Quiñones, *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*, propone un análisis riguroso y profundo de las relaciones de los escritores y pensadores con la tradición, en el sentido en que ha sido imaginada, usada y construida por un nutrido grupo de intelectuales, en su mayoría provenientes del Caribe (Pedro Henríquez Ureña, José Martí, Fernando Ortiz, Ramiro Guerra y Sánchez, Antonio S. Pedreira, Tomás Blanco) o vinculados a este espacio, como en el caso de Marcelino Menéndez Pelayo, de quien se analiza especialmente el lugar que ocupan los escritores de las últimas colonias “españolas” en los albores del hispanismo moderno. El contexto preciso de las sociedades caribeñas, atravesadas por lazos en común como largas experiencias coloniales, modernidades contradictorias generadas por la coexistencia de la esclavitud y el capitalismo, sucesivas y masivas emigraciones a las metrópolis europeas y norteamericanas entre otros aspectos, le permite a Díaz Quiñones plantear un doble dilema. Por un lado, en tal contexto, el sentido de pertenencia a una tradición se ve acechado por la amenaza de su constante disolución; por el otro, ante tal riesgo los intelectuales se ven compelidos a reinventar sus tradiciones, a través de constantes revisiones historiográficas y conceptuales llenas de tensiones subterráneas, repensando asimismo la cuestión de los *comienzos*. Edward Said aparece como referencia teórica explícita en la Introducción y a lo largo de todo el libro, particularmente sus obras *Beginnings: Intention & Method* (1975) y *Cultura e imperialismo* (1993), como así también están presentes importantes intelectuales como Hannah Arendt, Theodor Adorno, Frantz Fanon, Eric Hobsbawm, Ángel Rama, entre otros. Pero el modelo de intervención crítica que prevalece en la perspectiva de Díaz Quiñones lo constituye la biografía intelectual, como “una manera de romper con las cronologías políticas cristalizadas y con la sucesión de ismos característicos de la historiografía literaria, que a menudo terminan por deshistorizar su objeto o por limitar estrechamente el campo del individuo” (p. 38). Su referencia inmediata es el libro de David Macey, *Frantz Fanon: a Biography* (2000), que le permite pensar ciertos nombres propios como condensadores e iluminadores de experiencias más complejas en relación a las prácticas intelectuales. Por ello postula comprender el concepto de tradición en términos de canon literario, pensado no sólo como inventario de autores, sino como disputas en torno a textos y relatos en la elaboración de una tradición intelectual.

El primer capítulo, “Hispanismo y guerra”, reconstruye el proceso de formación intelectual del hispanismo a partir de la *Historia de la poesía hispano-americana* (1911-13) de Marcelino Menéndez Pelayo, libro que Díaz Quiñones lee como un ambicioso proyecto restaurador de la autoridad espiritual de la España vencida luego de la Guerra Hispanoamericana de 1898. La *Historia* de Menéndez Pelayo se convierte entonces en la primera historia de la poesía hispanoamericana que procura revincular la metrópoli con sus antiguas colonias, al tiempo que inaugura un nuevo comienzo, “la renovación de un imperialismo discursivo en el que el archivo poético de las colonias perdidas pasaba a reforzar el valor de la metrópoli” (p. 67). Sintetizar la riqueza y aportes de Díaz Quiñones sobre el concepto y discusiones acerca del hispanismo en este extenso capítulo resulta riesgosamente simplificador. Sin embargo quiero destacar —entre varios de los problemas transitados— la relación entre la lengua y los saberes imperiales, esto es, de qué manera Menéndez Pelayo retoma la tesis de Nebrija (unidad religiosa y lingüística bajo la monarquía católica), para señalar a la cultura y lengua españolas como único origen de las “letras ultramarinas”, excluyendo, por ejemplo, las expresiones culturales afrocaribeñas, o dejando de lado insoslayables textos y autores, como José Martí, Emeterio Betances y Eugenio de Hostos, claramente separatistas. A estas cuestiones se suman los abordajes sobre la relación hispanismo y latinidad, y también una minuciosa reconstrucción del hispanismo como campo académico en las universidades norteamericanas, mediante la fundación de los Hispanics Studies o los Spanish Departments.

El segundo capítulo vuelve sobre las conexiones entre colonias y metrópoli, pero desde la perspectiva del dominicano Pedro Henríquez Ureña como figura paradigmática, fundador de los estudios modernos de cultura y literatura hispanoamericana, constructor junto con Alfonso Reyes de un canon “fundacional” de autores y textos hispanoamericanos. Díaz Quiñones procura recorrer sus textos, no solo los más transitados como *Las corrientes literarias de la América hispánica* (1949) o *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), sino también aquellos menos atendidos por la crítica (su extensa correspondencia, por ejemplo), para leer en ellos su “biografía intelectual”, dramáticamente atravesada por sus desplazamientos y exilios (Nueva York, Cuba, México y centralmente Argentina), circunstancia vital que imponía a Henríquez Ureña a intentar un recomienzo en cada nuevo espacio. Para ello propone una reconstrucción de su biografía intelectual a partir de tres líneas: 1) la tradición nacional dominicana en la cual se formó; 2) el exilio como condición del intelectual moderno y 3) la estrecha identificación entre cultura y orden que sostiene su obra. Respecto de este último aspecto Díaz Quiñones atiende al

significativo peso que tuvieron en la formación intelectual del dominicano las lecturas de Walter Pater, Oscar Wilde, Mathew Arnold, especialmente en su concepción de la cultura moderna, y asimismo subraya sus contradicciones, negaciones y flagrantes exclusiones, puesto que su deseo de sostener la continuidad de la “cultura” y tradición hispánicas hizo que dejara de lado el aporte cultural del mundo afrocaribeño.

Si el peso del exilio cobra especial espesor en el tratamiento de Henríquez Ureña, Díaz Quiñones vuelve a explorar la relación entre desplazamientos y construcción de tradiciones en el tercer capítulo del libro, a partir de la figura de José Martí. Particularmente focaliza en la construcción de las imágenes del héroe guerrero y del héroe letrado en relación con la teoría de la guerra “legítima” en Martí, considerando además su peculiar situación de intelectual “entre imperios”, ya que desde su exilio en los Estados Unidos participaba de los preparativos contra el régimen español: “Se encontraba, en efecto, ‘entre imperios’, traduciendo, representando y representándose a través del marco más amplio del modelo bélico y nacional norteamericano” (p. 258). Analiza con detalle la crónica martiana dedicada a la figura del general Ulysses Grant, héroe de la Guerra Civil norteamericana, como proyección de una imagen armónica entre el guerrero y la nación. Díaz Quiñones sugiere una lectura perspicaz de la crónica, en la cual la figura de Grant provee a Martí de un depósito de imágenes y de un modelo de guerra nacional moderna, pasibles de ser traducidas al conflicto cubano.

El capítulo cuarto recupera los comienzos “espiritistas” del cubano Fernando Ortiz, a contramarcha de la biografía intelectual cristalizada por la crítica, que suele presentar al autor del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) imbuido por la antropología criminal y los estudios de los sistemas penales. Arcadio Díaz Quiñones rescata el lugar central que ocupó el pensamiento de Allan Kardec (1804-1869) en los primeros ensayos de Ortiz. El marco religioso espiritualista proveía a Ortiz de otras herramientas conceptuales para las cuales la filosofía positivista le resultaba insuficiente, por ejemplo, para poder interpretar la religiosidad y el desarraigo cultural en la sociedad cubana. Díaz Quiñones sugiere una seductora hipótesis —aunque no la desarrolla— acerca del peso del concepto de la *trasmigración* de las teorías de Kardec en la elaboración de la famosa noción de *transculturación* de Ortiz.

En el capítulo quinto se abordan, desde una mirada comparatista, los ensayos del cubano Ramiro Guerra y Sánchez *Azúcar y población en las Antillas* (1927) y del puertorriqueño Antonio S. Pedreira *Insularismo* (1934), atendiendo a examinar el rol de los letrados en las definiciones modernas de la nacionalidad en el Caribe hispano: “la cultura de élite del nacionalismo, sus renovadas formas de conciencia histórica y sus proyectos de validación racional y moral” (p. 320). Ambos intelectuales coincidieron en asumir el papel de representantes morales de una cultura que se percibía en crisis, sobre todo frente al temor de la nueva dominación colonial de los Estados Unidos. Como señala Díaz Quiñones entre los años 1920 y 1930, pese a las importantes diferencias entre sí, Cuba y Puerto Rico compartieron un proceso de modernización, pero en el contexto de una nueva dependencia colonial y de una economía monopolizada por el azúcar. Si la modernización modificaba los valores sociales existentes, desde los sectores letrados y élites intelectuales se observa la preocupación constante por la búsqueda de definiciones de la identidad y la cultura nacional. Teniendo en cuenta tanto las concepciones de Ángel Rama respecto de las relaciones entre las prácticas de la escritura y el poder político, como así también diversas teorizaciones sobre aspectos ligados a la construcción de la idea de nación y de lo nacional, Díaz Quiñones advierte cómo tanto Pedreira como Guerra configuran definiciones culturalistas de lo nacional puertorriqueño y de lo nacional cubano. En los relatos elaborados por ambos intelectuales “la falta de una nación ‘completa’ se debía principalmente a la presencia de los ‘otros’” (p. 374). Esto es, para construir un relato de continuidad nacional y cultural Pedreira y Guerra deliberadamente excluyeron de sus relatos de la nación a los sectores negros y mulatos, además de esgrimir fuertes prejuicios de género ante los avances de la mujer en las sociedades modernizadas.

El capítulo que cierra el volumen se centra en otra importante figura de la élite letrada puertorriqueña, Tomás Blanco, autor de los famosos ensayos *Prontuario histórico de Puerto Rico* (1935) y *El prejuicio racial en Puerto Rico* (1937). Sin embargo esta vez Díaz Quiñones no se detiene en esta producción, abordada con anterioridad (véase el estudio preliminar de su autoría en la edición de *El prejuicio...*, Río Piedras, Huracán, 1985), sino que le interesa una obra muy poco estudiada, *Los cinco sentidos* (1955), que anuncia de alguna manera nuevos comienzos en la producción intelectual de Blanco. Publicada poco después del establecimiento del Estado Libre Asociado (ELA) en Puerto Rico y en el contexto de la Guerra Fría, los ensayos que componen *Los cinco sentidos* proponían explorar formas de la sensibilidad a través del poder iluminador del arte, aproximándose pero de modo muy sesgado a las tensiones sociales y políticas que caracterizaron en esos años el campo cultural e intelectual puertorriqueño. Díaz Quiñones advierte que Blanco defendía el derecho a la autonomía del campo intelectual, amenazado por las persecuciones macartistas. La “conversión” al arte de Blanco se lee como la construcción de una retaguardia estética y estetizante, que producía “otros *sentidos* y otra comprensión

de la relación entre literatura y política” (p. 435). En este capítulo resulta muy valiosa la reconstrucción del campo intelectual de la década del cincuenta que lleva a cabo Díaz Quiñones, especialmente a través del protagonismo de la Universidad de Puerto Rico.

Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición constituye un libro insoslayable en los estudios latinoamericanos y caribeños, que dialoga intensamente con otros profundos ensayos de Arcadio Díaz Quiñones, como *La memoria rota* (1993) y *El arte de bregar* (2000), coincidiendo con un centro productor de significaciones, el interés del autor por los problemas que atraviesan “el ‘afuera’ y el ‘adentro’ en el mundo colonial, y las posibilidades de nuevos comienzos abiertas por los desplazamientos y las emigraciones” (*El arte de bregar*, p. 13).

Carolina Sancholuz